

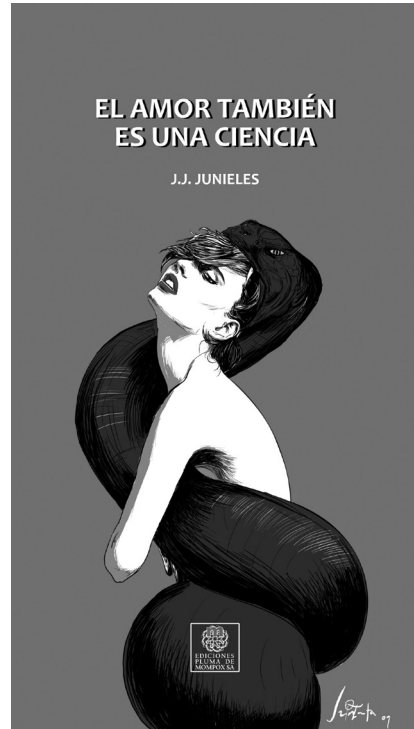
# Como el aire que respiramos

Por **Hernando Salamanca**<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de Colombia

**Junieles, Joh Jairo. (2009). *El amor también es una ciencia*. Cartagena: Pluma de Mompox.**

Al lector que se deje morder por las páginas de *El amor también es una ciencia* (2009), el más reciente libro de J.J. Junieles, le resultará difícil encontrar un antídoto diferente a seguir leyendo con la conciencia de que la obra de un escritor es desigual (como la vida misma), con momentos calavera e instantes de felicidad, en medio de todos esos “días que uno tras otro son la vida”. A manera de arte poética, Junieles ha asegurado: “Me interesa lo que cuentan las historias, más que los medios por los que se cuentan esas historias. Prevalecen los hechos, no el lenguaje”. Los diez cuentos que hacen parte de esta colección, en este sentido, no pretenden convertirse en un tratado retórico sobre el amor –hay ciencias exactas e inexactas–, o en un manual sobre la rutina o la angustia del ser humano, ni en una apología de su presencia. Estos cuentos son una mirada humana, una respiración esencial, una manera de dejar ser a las emociones (liberadas de encantamientos o distractores), con tendencia a sugerir que las leyes de lo complejo se obtienen combinando hábilmente las de lo simple.

Es esta una de sus virtudes: esa concreción que no por estar allí le quita fluidez, vida y emoción al relato. Algo que en Junieles es un



<sup>1</sup> Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Periodista de la Escuela Superior Profesional Inpahu. Candidato a Magíster en Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. e-mail: hernandolupo@gmail.com

acierto, porque permite entendernos a partir de sus textos como si nos miráramos en un espejo de palabras donde el reflejo es una nueva forma de descubrirnos y donde la deformidad quizá es la virtud. La literatura, ese otro espejo, ese otro medio para procurar entender la vida... En estos cuentos descubrimos, por ejemplo, que el tiempo es sólo un parámetro más, donde todo queda determinado si se escruta el presente con atención suficiente: pasado y futuro contenidos en cualquier instante. En el cuento que da título al libro, sorprendemos la historia de Mariana y su amiga, una mujer que la ama en silencio y que tiene que soportar los maltratos a los que Mariana es sometida por Adrián, su novio. En este caso, la estrategia en esta ciencia inexacta que es el amor, parece ser: cuando quieras que alguien te ame, abre tus ojos, cuando quieras que alguien se obsesione contigo, ciérralos.

Y aunque Junieles confiese que no presta mucha atención al medio, a las palabras, es innegable la capacidad de la suya para hacer cómplice al lector, para permitirle sentarse frente a las mujeres personajes de la historia y observarlas como acto voyerista, prefiriendo callar frente a la honestidad que emana de una forma diferente de ver el mundo. No obstante, hallamos también el amor que estremece y que es cruel, porque esa es la manera de hacerse importante o porque los errores no perdonan a veces y el vaivén de la vida se cobra de forma extraña y azarosa su parte. Ejemplo de ello es el cuento “Adiós luz que te guarde el cielo”, en el cual el amor que comienza a nacer para una pareja es sacrificado casi inocentemente por la venganza de uno de sus involucrados. Es el ser humano sometido a designios que no entiende, pero que debe cumplir por instinto, por necesidad o convicción. De esta forma, Junieles nos habla de la ruleta rusa en la que a veces se convierte la vida, cuando en el momento menos esperado suena el disparo cuyo sonido es el último, el esperado, pero a la vez al que se le ha huido: en la dinámica newtoniana también se puede consultar el azar con un dado de seis caras.

Es claro que el libro, exceptuando el último de sus cuentos, tiene un carácter marcadamente urbano. Los personajes se mueven y desarrollan sus vidas, o sus muertes, entre la luz de los postes y bajo el manto de las sombras, al lado del sonido ensordecedor de las calles. Entonces, para muchos lectores resultará fácil entender de una forma más cercana el transcurrir del amor y la muerte en ciudades como Bogotá o Cartagena, marco de algunas historias del texto, asimilándolas de manera familiar y quizá cotidiana. Pero Junieles también aborda otros mundos que se conjugan con la interioridad de sus personajes. Es así como en el cuento “Santa Nicole Kidman, llena eres de gracia” nos enfrenta a la desaparición: una noche toda

la familia de Mario pierde su pista. Y es el sufrimiento de la familia, esa especie de nueva vida sin su ser querido en una espera eterna que quiere dejarle camino a la esperanza. Excelente oportunidad para indagar en experiencias humanas como el olvido, el recuerdo, la costumbre y la imposibilidad de actuar frente a lo desconocido, el egoísmo o la desesperanza misma.

En *El amor también es una ciencia* hay una historia que llama especialmente la atención por su carácter futurista. Se titula “Y de pronto las estrellas”, una narración donde la memoria ancestral y la necesidad de volver a lo esencial juegan un papel preponderante. Junieles nos plantea la historia desde un futuro donde los androides acompañan al hombre y forman parte de su cotidianidad. Pero en este espacio tan moderno y alejado de aquello que otrora fuera importante, no queda tiempo para lo vital. Una especie de burbuja envuelve las ciudades para protegerlas, si bien lo que logra es alejar al ser humano de su vínculo con lo primigenio. El hombre comienza a mirar entonces hacia lo que considera realmente importante: un futuro lleno de comodidades y en el que no hace falta observar el cielo fuera de la burbuja.

En “Y de pronto las estrellas”, sin embargo, se nos marca el retorno a lo primordial por medio de uno de los androides que, de manera extraña, muestra señales eléctricas de baja intensidad cuando está apagado (algo muy parecido a un ser humano cuando está soñando). Partiendo de ello, el autor da una mirada a la deshumanización imperante, a la forma en que el hombre olvida mirar dentro de sí, porque cree que eso que guarda en su alma no es pertinente para la época. En “Epístola final de Los Mártires”, por su parte, un periodista llega a un pueblo que, incluso si ello implica el crimen, hará lo imposible por proteger y preservar su forma de vida. En este punto, resulta imprescindible señalar finalmente algo que ha caracterizado la narrativa de Junieles: su capacidad para hacer que las imágenes tomen en la imaginación del lector un movimiento cinematográfico.

Y es que gracias a la agilidad con que se cuentan las historias, la estructura de sus textos adquiere una simbiosis que brinda a sus escritos un carácter propio. Junieles, como Hitchcock, no engaña: simplemente oculta datos. Junieles nos conduce así –a través de la inexacta ciencia del amor– por parajes insospechados, dignos de ser visitados gracias a las palabras que corren tan naturalmente por el libro, como el aire que respiramos, y que nos hablan de un mundo que, aunque se transforma, no anula los orígenes que siempre nos acompañan, como el aire que respiramos.

